

# La rutilante carpa del circo

El circo Donaldson hizo escala en La Solana, con su pintoresco carrusel de payasos, malabaristas y acróbatas

GABRIEL JAIME

Trabajan 365 días del año recorriendo España. Su misión es hacer disfrutar al público de todas las edades o, como decía la canción de aquellos célebres payasos: “Alegrar siempre el corazón”. Se trata del “mayor espectáculo del mundo” y su nombre es EL CIRCO.

La Solana fue parada y fonda de uno de esos circos itinerantes que intentan hacer la vida más divertida a los demás. A pesar de que su nombre es de origen británico, más del noventa por ciento de la plantilla que compone el Circo Donaldson es española. Todo se debe Juan Álvarez Donaldson, un abuelo de 84 años que continúa en activo y provoca las carcajadas cada tarde con su inigualable estilo clown. Su madre era inglesa y “parece que lo extranjero vende más”, según contó a GACETA.

Durante cinco días, y en diferentes funciones, mostraron lo mejor de su repertorio en la versión más directa de un “circo tradicional”. Así lo definió uno de los integrantes, Ramón Pichardo, de profesión payaso, ilusionista y malabarista. El artista, que también es yerno del propietario, asegura que el éxito de la compañía radica en esa vertiente tradicional, “aquí no se ven hipopótamos, ni elefantes, ni tigres de Bengala; esto es un circo, no un zoológico”. Los protagonistas son de carne y hueso: acróbatas, equilibristas, malabaristas, rulistas, magos y, sobre todo, los payasos parodistas y musicales, que se convierten en la esencia del veterano Circo Donaldson. Más de dos



El público se encamina a la carpa del circo Donaldson: a disfrutar del espectáculo.

El éxito del circo estriba en una concepción tradicional del espectáculo, “aquí no se ven triges ni elefantes, esto es un circo, no un zoológico”, afirma el payaso Ramón Pichardo.

“En esta época de crisis en La Solana nos hemos defendido. El tiempo no ha acompañado, aunque el público solanero es cálido y agradecido, nos ha llevado en volandas”.

horas de puro espectáculo y entretenimiento, con mucho humor en escena.

Después de pasear su carpa por casi toda la región, tomaron rumbo a Jaén, parada obligada cada año al coincidir con su feria de San Lucas. Durante la gira hay plazas mejores y peores, pero afrontan la crisis como buenamente pueden. Pichardo tiene claro que “en tiempos difíciles, las familias pueden prescindir del circo, no así de los alimentos básicos de cada casa”. La depresión económica ha obligado a despedir muchos empleados. Ahora apenas llegan a la docena.

En La Solana, “nos hemos defendido”, dijo lacónicamente, a pesar de que el clima no les acompañó en esos primeros días de septiembre. “Hace cuatro años nos pasó lo mismo”, recuerda. Pero lo que verdaderamente destacaron de su paso por aquí fue el público, “los solaneros son muy calientes y agradecidos; nos han llevado en volandas”.

Otro día, de otro año, el Circo Donaldson parará otra vez en La Solana para hacernos pasar buenos momentos. No sabemos si el abuelo Donaldson seguirá al pie del cañón, pero aseguran que volverán. Eso sí, apelan a la cesión de alguna zona municipal más cómoda, por ejemplo el recinto ferial, y no tener que recurrir a propiedades privadas que encarecen en demasía su estancia. Pase lo que pase, el espectáculo debe continuar. Es la máxima del circo.

## El recuerdo del Estambul

Cada vez que una carpa de circo se instala en nuestras afueras, a muchos mayores les vendrá de nuevo a la cabeza el drama del circo Estambul. Ocurrió durante la feria del año 1956. De pronto, tras una de las funciones nocturnas, comenzó a arder. De nada sirvieron los esfuerzos por sofocar el fuego. La carpa se convirtió en cenizas sin más remedio.

Un circo con el que recorría La Mancha el escritor Víctor de la Serna, y que dejó en el recuerdo aquella fatídica noche de feria en La Solana. Por fortuna, ningún fuego, ni incandescente ni económico, parece apagar la llama de los circos seculares.